

La historia de Chick

 Deja que lo adivine. Quieres saber por qué intenté suicidarme.

Quieres saber cómo sobreviví, por qué desaparecí, dónde he estado todo este tiempo, pero, ante todo, por qué intenté suicidarme, ¿me equivoco?

No pasa nada. Es lo que suele hacer la gente. Se comparan conmigo. Es como si hubiera una línea trazada en algún lugar del mundo; si no la cruzas, nunca piensas en arrojarte desde lo alto de un edificio o tragarte un frasco de pastillas...; pero, si la cruzas, es posible que lo hagas. La gente se imagina que yo crucé la línea. Se preguntan: «¿Podría llegar a estar tan cerca como él lo estuvo?»

Lo cierto es que no hay ninguna línea. Sólo está tu vida, la manera en que la destrozas y quién está allí para salvarte.

O quién no está.

 Al volver la vista atrás, empecé a desmoronarme el día en el que murió mi madre, hará cosa de unos diez años. Yo no estaba allí cuando ocurrió y debería haber estado. De modo que mentí. No fue una buena idea. Un funeral no es

un buen lugar para los secretos. Me quedé de pie junto a su tumba intentando creer que no era culpa mía, entonces mi hija de catorce años me tomó de la mano y me susurró: «Lamento que no tuvieras oportunidad de despedirte, papá», y ya está, perdí el control. Caí de rodillas, llorando, y la hierba mojada me manchó los pantalones.

Después del funeral me emborraché hasta tal punto que me desmayé en el sofá. Y algo cambió. Tu vida puede torcerse en un solo día, y aquél pareció torcer la mía inexorablemente y en picado. Cuando era niño mi madre siempre estaba encima de mí con sus consejos, críticas y toda esa asfixiante actitud maternal. En ocasiones deseaba que me dejara en paz.

Acabó haciéndolo. Murió. No hubo más visitas ni más llamadas telefónicas. Sin darme cuenta empecé a ir a la deriva, como si me hubieran arrancado de las raíces, como si bajara flotando por el ramal de un río. Las madres sustentan ciertas ilusiones sobre sus hijos, y una de mis ilusiones era que me gustaba ser quien era, porque a ella le gustaba. Cuando murió, esa idea desapareció con ella.

Lo cierto es que no me gustaba en absoluto quien era. Yo me seguía viendo como un joven y prometedor atleta. Sin embargo, ya no era joven y ya no era un atleta. Era un vendedor de mediana edad. Mi época de promesa había pasado hacía mucho tiempo.

Un año después de la muerte de mi madre cometí la mayor estupidez de mi vida, económicamente hablando. Dejé que una vendedora me convenciera para contratar un plan de inversión. Era una mujer joven y atractiva, una de esas mujeres dinámicas y seguras de sí mismas, de las que llevan dos botones desabrochados y que provocan cierta

amargura en los hombres mayores que ellas, a menos, claro está, que entablen conversación. Entonces los hombres se vuelven idiotas. Nos reunimos en tres ocasiones para discutir la propuesta: dos en su despacho y una en un restaurante griego; no fue nada indecoroso, pero, cuando su perfume empezó a disiparse en mi cabeza, yo había depositado casi todos mis ahorros en un fondo de inversiones que ahora no tiene ningún valor. A la mujer la «trasladaron» enseguida a la costa oeste. Tuve que explicarle a mi esposa, Catherine, adónde había ido a parar el dinero.

Empecé a beber más después de aquello –en mi época, los jugadores de béisbol siempre bebían–, y se convirtió en un problema que, con el tiempo, hizo que me despidieran de dos empleos como vendedor. Y el hecho de que me despidieran me hizo seguir bebiendo. Dormía mal. Comía mal. Tenía la sensación de que envejecía por momentos. Cuando encontraba trabajo me escondía enjuagues bucales y gotas para los ojos en los bolsillos y corría al baño antes de reunirme con los clientes. El dinero se convirtió en un problema por el que Catherine y yo nos peleábamos constantemente y, con el tiempo, nuestro matrimonio se vino abajo. Ella se cansó de mi amargura y no puedo decir que la culpe por ello. Cuando eres malo contigo mismo te vuelves malo con todos los demás, incluso con aquellos a los que amas. Una noche me encontró sin conocimiento en el suelo del sótano con un corte en el labio y un guante de béisbol sujeto contra el pecho.

Poco después dejé a mi familia... o ella me dejó a mí.

No puedo expresar lo mucho que me avergüenzo de ello.

Me mudé a un piso. Me convertí en una persona distante y con malas pulgas. Evitaba a todo aquel que no bebiera conmigo. De haber estado con vida, mi madre hubiera encontrado la manera de acercarse a mí, pues eso siempre se le había dado bien, agarrarme del brazo y decirme: «Vamos, Charley, ¿qué te pasa?» Pero ella no estaba, y eso es lo que ocurre cuando tus padres mueren, que te sientes como si en lugar de emprender todas las luchas con apoyo, las emprendieras todas solo.

Y una noche, a principios de octubre, decidí quitarme la vida.

Quizá te sorprenda. Quizá supongas que los hombres como yo, los hombres que juegan en un campeonato mundial, nunca pueden hundirse tanto como para suicidarse, porque, al menos, siempre tienen eso del «sueño convertido en realidad». Pero te equivocarías. Lo único que pasa cuando tu sueño se convierte en realidad es que poco a poco te vas dando cuenta de que no es como tú habías pensado.

Y eso no va a salvarte.

Por extraño que parezca, lo que acabó conmigo, lo que hizo que me despeñara, fue la boda de mi hija. Ella tenía entonces veintidós años, una cabellera castaña larga y lisa, como la de su madre, y sus mismos labios carnosos. Se casó con un «tipo maravilloso» en una ceremonia que se celebró por la tarde.

Y eso es todo lo que sé, porque es lo único que ella escribió en una breve carta que llegó a mi domicilio pocas semanas después del acontecimiento.

Por lo visto, gracias a la bebida, a mi depresión y a mi mal comportamiento en general, me había convertido en una vergüenza demasiado grande como para correr el riesgo de invitarme a una reunión familiar. En lugar de eso, recibí aquella carta y dos fotografías, una de mi hija y su nuevo esposo bajo un árbol cogidos de las manos; en la otra se veía a la feliz pareja brindando con champán.

Fue la segunda fotografía la que me destruyó. Era una de esas instantáneas naturales que capturan un momento irrepetible; los dos riendo en mitad de una frase, entrecuchando las copas. Era una imagen tan inocente, tan joven y tan... pretérita. Parecía mofarse de mi ausencia. *Y tú no estabas*. Ni siquiera conocía a ese tipo. Mi ex mujer sí que lo conocía. Nuestros viejos amigos lo conocían. *Y tú no estabas*. Una vez más había estado ausente de un momento familiar de vital importancia. Aquella vez, mi pequeña no me tomaría de la mano para consolarme; ella pertenecía a otra persona. No me estaban invitando. Me lo estaban notificando.

Miré el sobre, que llevaba su nuevo apellido (Maria Lang, no Maria Benetto) en el remite, pero ninguna dirección (¿por qué? ¿temían que pudiera hacerles una visita?), y algo se hundió tanto en mi interior que ya no pude volver a encontrarlo. Cuando te excluyen de la vida de tu único hijo te sientes como si se hubiese cerrado una puerta de acero; la aporreas, pero ellos no te oyen. Y el hecho de que no te oigan te lleva a rendirte, y rendirte es el primer paso para matarte.

De modo que lo intenté.

No es tanto el hecho de que te preguntes qué sentido tiene todo, es más bien como decir: «¿Qué más da?»

*Cuando regresó dando tumbos,
con sus canciones incompletas y su trabajo a medias,
¿Quién sabe qué senderos pisaron sus pies magullados?
¿Qué montañas de paz o dolor coronó?*

*Espero que Dios sonriera y le tomara la mano,
Y dijera: «¡Pobre tonto apasionado!
El libro de la vida es difícil de entender:
¿Por qué no pudiste quedarte en la escuela?»*

**(Poema de Charles Hanson Towne,
hallado en un cuaderno entre
las pertenencias de Chick Benetto)**

Chick intenta terminar con todo

La carta de mi hija llegó un viernes, cosa que me vino muy bien, puesto que me permitió correrme una juerga el fin de semana de la cual no recuerdo gran cosa. El lunes por la mañana, a pesar de darme una larga ducha fría, llegué dos horas tarde al trabajo. Una vez en la oficina no aguanté allí ni cuarenta y cinco minutos. Tenía la cabeza a punto de estallar. Aquel lugar parecía una tumba. Entré sigilosamente en el cuarto de la fotocopidora, luego fui al baño y después me dirigí al ascensor sin abrigo ni maletín para que, si alguien seguía atentamente mis movimientos, éstos le parecieran normales y no un mutis premeditado.

Fue una estupidez. A nadie le importaba. Trabajaba en una gran empresa con montones de vendedores que podía sobrevivir perfectamente sin mí, como ahora ya sabemos, puesto que aquel paseo desde el ascensor al aparcamiento fue lo último que hice como empleado.

Después llamé a mi ex esposa. La llamé desde un teléfono público. Estaba trabajando.

—¿Por qué? —dije cuando contestó al teléfono.

–¿Chick?

–¿Por qué? –repetí. Había tenido tres días para empapar mi ira en alcohol y eso era lo único que me salía. Dos palabras–: ¿Por qué?

–Chick –su tono se suavizó.

–¿Por qué no me invitasteis siquiera?

–Fue idea suya. Pensaron que era...

–¿Qué? ¿Más seguro? ¿Pensaron que iba a hacer algo?

–No lo sé...

–¿Ahora resulta que soy un monstruo? ¿Es eso?

–¿Dónde estás?

–¿Soy un monstruo?

–Basta.

–Me marchó.

–Mira, Chick, ya no es una niña y si...

–¿No pudiste apoyarme?

Oí que soltaba aire.

–¿Adónde te marchas?

–¿No pudiste apoyarme?

–Lo siento. Es complicado. También está la familia de él, y ellos...

–¿Sales con alguien?

–¡Oh, Chick!... Estoy en el trabajo, ¿vale?

En aquel momento me sentí más solo de lo que nunca me había sentido, y aquella soledad pareció instalarse en mis pulmones y aplastarlo todo menos mi más mínimo aliento. No había nada más que decir; ni respecto a aquel asunto ni sobre ninguna otra cosa.

–Está bien –susurré–. Lo siento.

–¿Adónde te marchas? –dijo ella.

Colgué.

Entonces me emborraché por última vez. Primero en un lugar llamado Mr. Ted's Pub, donde el camarero era un chico flacucho y de cara redonda que probablemente no fuera mayor que el tipo con el que se había casado mi hija. Después regresé a mi apartamento y bebí un poco más. Tiré muebles al suelo. Escribí en las paredes. Creo que en realidad metí las fotos de la boda en el triturador de basura. En mitad de la noche decidí irme a casa, a Pepperville Beach, quiero decir, la ciudad en la que crecí. Estaba a dos horas en coche de distancia, pero hacía años que no iba por allí. Anduve por el apartamento, caminando en círculos como si me preparara para la marcha. No se necesitan muchas cosas para un viaje de despedida. Fui al dormitorio y saqué una pistola del cajón.

Bajé a trompicones al garaje, encontré mi coche, puse la pistola en la guantera, arrojé una chaqueta en el asiento trasero, o quizá fuera el asiento delantero, o tal vez la chaqueta ya estuviera allí, no lo sé, y salí a la calle haciendo chirriar los neumáticos. La ciudad se hallaba tranquila, las luces amarillas parpadeaban y yo iba a terminar con mi vida allí donde ésta había comenzado.

Regresaba con Dios dando tumbos. Así de sencillo.

Nos enorgullece anunciar el nacimiento de

Charles Alexander

4 kilos 900 gramos

21 de noviembre de 1949

Leonard y Pauline Benetto

(de los papeles de Chick Benetto)



❧ **H**acía frío y lloviznaba, pero la autopista estaba despejada y utilicé sus cuatro carriles, zigzagueando de uno a otro. Cabría pensar, Cabría esperar que a alguien que iba tan borracho como yo lo parase la policía, pero no fue así. Hubo un momento en el que incluso entré en una de esas tiendas que están abiertas toda la noche y le compré seis latas de cerveza a un tipo asiático con un fino bigote.

–¿Quiere un número de lotería? –me preguntó.

Con los años había perfeccionado un aspecto de normalidad cuando iba bebido –el alcohólico ambulante– y fingí pensármelo un poco.

–Esta vez no –respondí.

Puso la cerveza en una bolsa. Percibí su mirada, dos ojos oscuros y apagados, y pensé para mí: «Ésta es la última cara que veré en la tierra.»

Me devolvió el cambio empujándolo por el mostrador.

❧ **C**uando vi el letrero que anunciaba mi ciudad natal –PEPPERVILLE BEACH, SALIDA A 1 MILLA– ya me había ter-

minado dos cervezas y otra se había derramado por todo el asiento del acompañante. Los limpiaparabrisas se movían ruidosamente. Yo luchaba por mantenerme despierto. Debí de quedarme medio dormido pensando «Salida a 1 milla», porque al cabo de un rato vi otro letrero anunciando otra ciudad y me di cuenta de que había pasado de largo mi salida. Di un golpe en el salpicadero. Entonces hice girar el coche allí mismo, en medio de la autopista, y volví a avanzar en dirección contraria. No había tráfico y, de todos modos, me habría dado lo mismo. Iba a llegar a esa salida. Pisé el acelerador a fondo. No tardó en aparecer una rampa ante mi vista –la de entrada, no la de salida– y me dirigí a ella haciendo rechinar los neumáticos. Era uno de esos accesos largos que describen una curva, por lo que mantuve el volante girado mientras avanzaba rápidamente, bajando y dando la vuelta.

De pronto me cegaron dos luces enormes, como dos soles gigantes. Retumbó el claxon de un camión, hubo una colisión estremecedora, mi automóvil salió volando por encima de un terraplén y aterrizó con fuerza, dando golpes cuesta abajo. Había cristales por todas partes y latas de cerveza dando tumbos; me aferré como un loco al volante, el coche dio una sacudida hacia atrás y me lanzó boca abajo. No sé cómo, pero encontré la manija de la puerta y tiré de ella con fuerza; recuerdo imágenes fugaces de cielo oscuro y hierbajos verdes y un sonido atronador de algo sólido que caía estrepitosamente desde lo alto.

~ Cuando abrí los ojos estaba tendido sobre la hierba mojada. Mi coche se hallaba medio enterrado bajo una

valla publicitaria de un concesionario de Chevrolet local contra la que al parecer se había estrellado. En una de esas inesperadas actuaciones de la física debí de salir despedido del vehículo antes del impacto final. No sé cómo explicarlo. Cuando quieres morir, salvas la vida. ¿Quién puede explicar eso?

Me puse de pie, lenta y dolorosamente. Tenía la espalda empapada. Me dolía todo el cuerpo. Seguía cayendo una ligera lluvia, pero reinaba el silencio, excepto por el canto de los grillos. Normalmente, llegados a ese punto, uno diría: «me alegré de seguir con vida», pero yo no puedo decirlo porque no me alegré. Levanté la vista hacia la carretera. Distinguí el camión entre la niebla como un descomunal naufragio, con la cabina torcida como si tuviera el cuello roto. Salía vapor del capó. Uno de los faros todavía funcionaba y proyectaba un solitario haz de luz que convertía los cristales rotos en diamantes que centelleaban sobre la pendiente embarrada.

¿Dónde estaba el conductor? ¿Estaba vivo? ¿Herido? ¿Sangraba? ¿Respiraba? Lo más valeroso, por supuesto, hubiera sido subir a comprobarlo, pero el valor no era mi fuerte en aquellos momentos.

Así pues, no lo hice.

En lugar de eso, bajé las manos con las palmas abiertas contra los costados, me di la vuelta hacia el sur y me encaminé a mi antigua ciudad. No estoy orgulloso de ello, pero no fue una reacción racional, en absoluto. Yo era un zombi, un robot, no me importaba nadie, incluido yo mismo (la verdad es que quien menos me importaba era yo). Me olvidé del coche, del camión, de la pistola; lo dejé

todo atrás. Mis zapatos hacían crujir la grava y oí que los grillos se reían.

~ No sé cuánto tiempo estuve andando. El suficiente como para que cesara la lluvia y el cielo empezara a iluminarse con los primeros indicios del alba. Llegué a las afueras de Pepperville Beach, que se distinguía por un gran depósito de agua oxidado situado justo detrás de los campos de béisbol. Trepar por los depósitos de agua era un rito de tránsito en las ciudades pequeñas como la mía y, los fines de semana, mis compañeros de entrenamiento y yo solíamos subirnos a aquél con los botes de pintura en aerosol metidos en la cinturilla de los pantalones.

Entonces me hallaba de nuevo ante aquel depósito. Empapado, viejo, destrozado, borracho y debería añadir que tal vez siendo un asesino, o eso creía, puesto que no vi al conductor del camión. No importaba, porque lo que hice a continuación fue un acto impensado, estaba decidido a hacer de aquélla la última noche de mi vida.

Encontré el pie de la escalera.

Empecé a ascender.

Tardé un poco en llegar al depósito sellado. Cuando al fin lo hice me desplomé en la pasarela jadeando, aspirando el aire. En el fondo de mi aturullada mente, una voz me reprendió por estar en tan baja forma.

Miré hacia los árboles por debajo de mí. Tras ellos vi el campo de béisbol en el que mi padre me había enseñado a jugar. Su imagen todavía desenterró recuerdos tristes. ¿Qué es lo que tiene la niñez que nunca te abandona, ni

siquiera cuando estás tan destrozado que cuesta creer que alguna vez fueras niño?

El cielo se estaba iluminando. Los grillos sonaban más fuerte. Me sobrevino un repentino y fugaz recuerdo de la pequeña María dormida en mi pecho, cuando era tan pequeña que podías acunarla en un solo brazo y su piel olía a polvos de talco. Entonces me vi a mí mismo, empapado y sucio como estaba entonces, irrumpiendo en su boda: la música se detenía y todo el mundo levantaba la vista horrorizado, María más horrorizada que nadie.

Bajé la cabeza.

No me echarían de menos.

Di dos pasos corriendo, me agarré a la barandilla y me arrojé por encima.

 El resto es inexplicable. No puedo decirte dónde caí ni cómo sobreviví. Lo único que recuerdo son golpes, giros, roces; di vueltas, raspé contra algo y luego vino un trompazo final. ¿Ves estas cicatrices que tengo en la cara? Me figuro que me las hice entonces. Tuve la impresión de que caía durante mucho rato.

Cuando abrí los ojos me vi rodeado de pedazos que habían caído del árbol. Las piedras me presionaban el vientre y el pecho. Levanté el mentón y vi lo siguiente: el campo de béisbol de mi juventud bajo las primeras luces del día, las dos casetas y el montículo.

Y a mi madre, que llevaba muerta varios años.